

ÍNDICE

I. Me acuerdo de Europa	15
II. Visión desde el centro del torbellino europeo.....	23
III. Avatares de la modernidad (el archivo):	
una maqueta interminable.....	45
IV. Ruinas, reliquias.....	59
V. Secuoya	71
VI. Avatares de la modernidad (la fotografía):	
<i>Kodak ergo sum</i>	73
VII. El mundo de ayer.....	81
VIII. El mar, el mar (un dialecto de intuiciones).....	97
IX. Avatares de la modernidad (el tren):	
logísticas ferroviarias.....	109
X. Fulgores de la biografía, laberintos de la memoria. .	117
XI. Un intento de restitución	127
XII. Me interno	131
Nota bibliográfica	135

I
ME ACUERDO DE EUROPA
(WIJENBURG 107 HS,
1082 VR AMSTERDAM)

Dudo acerca de si leí *Los anillos de Saturno* en el verano de 2003 o de 2004. Sí guardo clara memoria, en cambio, del escenario donde tuvo lugar la lectura: la Costa del Sol, una de las desatinadas formas que quiso adoptar el futuro en el siglo xx (o también: una conformista parcela en ese «suburbio del alma» que fue levantándose, a lo largo del litoral mediterráneo, «desde Gibraltar hasta Atenas», según J. G. Ballard). Recuerdo que el libro me causó una impresión singular y funesta, en gran parte porque esa breve historia de la sericicultura que ocupa el último capítulo —y especialmente el postrero párrafo del libro— confirmó una de mis más profundas intuiciones desde niño: que Holanda es el país de la muerte. Pero, sobre todo, quedé perturbado por el gélido talento de Sebald para revelar

la perversa contrafaz que encierran la mayoría de las acciones humanas. Así, recuerdo que alcancé aturdido el final del cuarto capítulo, ese que transita desde las costeras ciudades de Lowesoft y La Haya hasta el infame campo de la ustachá croata en Jasenovac, en particular cuando, gracias a las prolijas evoluciones de la prosa del autor, un inocente saludo grabado por el Secretario General de las Naciones Unidas para la sonda espacial *Voyager II* (aunque no se especifica en ningún momento, Sebald está aludiendo al controvertido Kurt Waldheim) se transforma de súbito en la inextinguible resonancia del oprobio humano, sintonizada ya para siempre y «a una distancia que sólo la muerte puede medir» (Don DeLillo). La luz del cuarto donde estaba leyendo esas páginas adquirió una densidad inolvidable aquel atardecer, mientras un sentimiento de decepción general se abatía sobre las superficies que me rodeaban —sábanas arrugadas, disquetes informáticos, un pantalón deportivo de la firma Rasán—, segundos antes de apartar el libro, bajar a la cocina y prepararme, tal vez, un plato de *spaghetti*.

Al mismo tiempo, los paisajes, caminos, municipios y albergues convocados en las páginas de *Los anillos de Saturno* remitían a una Europa cuya esencial peculiaridad me era muy familiar; me refiero a su carácter ausente, silencioso y

adormecido, por no decir luctuoso y amojamado. En mitad de los desmedidos e irresponsables festejos por la entrada en circulación del euro desde 2002, la presidencia española del Consejo de la Unión Europea, el décimo aniversario del Mercado Único o la entrada en vigor del Tratado de Niza, los vagabundeos de W. G. Sebald sugerían de forma implícita que si Europa poseyera alguna cualidad particular, ésa no sería otra que una acrisolada pequeñez, como recordó Claudio Guillén: la pequeñez «inherente, interior, subdividida miles de veces, del tejido multicultural europeo».

Una desnortada caminata en marzo de 2016 al centro de Luxemburgo desde mi hotel ubicado en la avenida John F. Kennedy, en el denominado Quartier Européen —mientras dejaba atrás inmensos edificios de metal y vidrio, aceras desiertas, semáforos para nadie y escaleras que únicamente servían para distraer la torturada psique de algún funcionario durante su desesperada pausa del almuerzo— volvió a hacerme pensar, años más tarde, en lo paradójico de la arquitectura de las instituciones de la Unión Europea, tan tendente a lo ciclópeo, en especial si uno recuerda lo afirmado por Oscar Halecki —«Todo lo que es colosal y uniforme es decididamente antieuropeo»— y aun por el propio Sebald en una entrevista con Arthur Lubow —«No me gusta lo

que existe a gran escala, ni en arquitectura ni en lo referente a los saltos evolutivos. Para mí, se trata de una aberración. La noción de algo pequeño y contenido es al mismo tiempo, en mi caso, un ideal tanto estético como moral»—.

A consecuencia del burdo trueque de lo universal por lo global, parece evidente que la Unión Europea se sumó hace tiempo a la propensión general de fundar espacios interpretados como simples zonas comerciales. Entonces, la geografía se vuelve inane y anecdótica. Apenas se alza como el costumbrista telón de fondo de unas transacciones económicas tras las que «los países —y sus habitantes— pierden el nombre y su naturaleza para diluirse en un índice mercantil» (Ramón Andrés). A bordo de un pequeño avión de hélice que realiza el trayecto entre Ámsterdam y Norwich, asomado a la ventanilla, el narrador de *Los anillos de Saturno* experimenta una singular sensación de monotonía causada por la sustracción de toda figura humana del paisaje; lo azora la agobiante ausencia del hombre en un mundo en el que sólo se manifiestan, desde el aire, los frutos de su vana actividad, las pruebas de su infructuosa labor, pero nunca los moradores de las diminutas casas adosadas, quienes construyeron las vías fluviales divisadas desde lo alto, o quienes se agachan y trabajan entre las hileras de los invernaderos:

«Cuando nos contemplamos desde tal altura es horrible lo poco que sabemos de nosotros mismos, de nuestra finalidad y de nuestro fin, pensaba para mí mientras dejábamos atrás la costa y volábamos sobre el mar verde gelatinoso». Llegar a un lugar y no ver a sus habitantes (a semejanza de aquel viernes en el Quartier Européen) siempre significó una muy probable condena, así como una franca invitación a la paranoia.

Mis deambulaciones de aquellos días en Luxemburgo me condujeron al monumento alzado en honor de Robert Schuman, uno de los dizque padres de Europa, después de lo cual seguí mi instinto y, poco a poco, avanzando a través del aire friolento y sobre el húmedo arcén junto a la carretera, llegué al centro de la ciudad de Luxemburgo, donde me asombró la ridículamente desproporcionada cantidad de comercios dedicados a la venta de cigarros puros. Tuve la impresión de que algún cirujano chiflado había obrado una extraña yuxtaposición entre Puerto Banús y el Quartier Latin de París. También entré en una librería —en la Librairie Alinea, si no me equivoco— y me llevé la última novela de Tullio Forgariini. Luego cené una hamburguesa y adquirí en un supermercado Monoprix lo indispensable para pasar las dos noches de hotel que me esperaban, durante las cuales me dediqué, básicamente, a seguir por televisión los programas

emitidos por la cadena marroquí 2M (en lo fundamental, programas de cocina —es decir, una mujer que de vez en cuando hablaba a cámara mientras preparaba un cordero en mitad del Atlas— y algunos *gags* humorísticos, en uno de los cuales me pareció identificar el estadio municipal de Agadir). Al día siguiente, después de intervenir en el Salón del Libro, regresé de nuevo al Quartier Européen, pasé por delante del edificio de la Filarmónica, del MUDAM (el museo de arte moderno) y en último lugar descendí por la ciudadela rediseñada por Vauban a finales del siglo XVII, bajo cuyos muros fluían las pardas aguas de los ríos Alzette y Pétrusse. Mientras recorría aquellos baluartes acudieron a mi memoria otras ciudadelas construidas por Vauban en el norte de Francia; muy especialmente la de Arras, hasta la que me solían llevar durante una época mis paseos en bicicleta, y cuyos taciturnos, recónditos y graves fosos se utilizaron como lugar de fusilamiento durante la Segunda Guerra Mundial. Pero eso no es demasiado relevante ahora.

Sí lo es, en cambio, la impresión que experimenté durante aquella visita. En parte, ese vacío, ese monótono acartonamiento, esa abulia luxemburguesa —esa tristeza, en definitiva—, efectivamente tenían mucho que ver con las excursiones narradas por Sebald en *Los anillos de*

Saturno y, a otra escala, con mi primera idea de Europa, la cual podría condensarse en un sigiloso (y recurrente) trayecto nocturno a través de la autovía que conduce desde el aeropuerto de Schiphol a las despobladas y mudas calles del suburbio de Buitenveldert, en Ámsterdam. Tras la llegada a nuestro destino (el número 107 de la calle Wijenburg), anunciado tímidamente por el roce de los adoquines con las ruedas del taxi, una figura femenina tiembla al otro lado de la ventana de un primer piso, bajo la callada luz del extractor de una cocina, una muy estrecha cocina. Eso siempre fue Europa para mí, desde la niñez: un silencio controlado, un sutil despoamiento, un cementerio a mano. El alma, por así decirlo, enmoquetada.